

Día 12: Esperando la Manifestación de Cristo

Hace dos mil años, Israel esperaba la manifestación de Cristo. Se nos dice que Simeón, un hombre justo y piadoso, y Ana, una profetisa, ambos esperaban la aparición de Cristo en Israel. Aunque Simeón y Ana anhelaban que Cristo se manifestara en Israel, no podían hacer nada para que sucediera. Tuvieron que esperar con fe y depender de Dios para que la promesa se cumpliera.

El ángel se le apareció a María y le dijo que Jesús nacería por medio de ella: «Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS.» (Lucas 1:31, RVR1960). Esto no sucedería por voluntad de ella, sino por voluntad de Dios. Su parte era aceptar la palabra de Dios a través del ángel y esperar con fe la manifestación de la promesa: el nacimiento de Cristo. No había nada que ella pudiera hacer para que sucediera, excepto esperar y creer.

Así es con nosotros. Es al esperar en Dios con fe para que Él obre en nosotros y a través de nosotros que Cristo se manifiesta en nosotros hoy. Dios no envió a Su Hijo a esta tierra para morir por nuestros pecados y salvarnos y luego dejarnos solos para que resolvíramos las cosas y hicéramos que la salvación sucediera dentro de nosotros. «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:8-10, RVR1960).

Cristo se manifestó en este mundo por el poder del Espíritu Santo: «Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.» (Lucas 1:35, RVR1960).

Así también, Cristo ha de manifestarse en y a través de nosotros por el poder del Espíritu Santo. El ángel le trajo a María la oportunidad de que Cristo se manifestara al mundo a través de ella. Su parte era elegir permitir que esto sucediera y esperar a que la manifestación completa tuviera lugar, en su caso, nueve meses.

Lo mismo es cierto para nosotros. El Nuevo Testamento enseña que Cristo vive en el creyente a través del Espíritu Santo. Es al recibir el bautismo diario del

Espíritu Santo que Jesús vive o mora en nosotros. Es a través del bautismo del Espíritu que Él ministra en nosotros y a través de nosotros, y manifiesta Su justicia por medio de nosotros.

El Nuevo Testamento es muy claro acerca de la necesidad de que Cristo viva en nosotros para que tengamos victoria sobre la tentación y el pecado, Su justicia manifestada en nuestras vidas. Jesús usó la imagen de la vid y los pámpanos para ilustrar esta verdad: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.» (Juan 15:4-5, RVR1960).

Pablo enseñó esta verdad a lo largo de sus escritos: «Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.» (Romanos 6:11, RVR1960). «Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.» (1 Corintios 2:16, RVR1960).

Si elegimos recibir el bautismo del Espíritu Santo y esperamos con fe que Cristo nos llene, entonces Él manifestará en nosotros Su sabiduría, Su justicia, Su santificación y Su redención: «Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;» (1 Corintios 1:30, RVR1960).

Esperar en Dios para que Cristo se manifieste en nosotros y para obtener victoria sobre la tentación es lo mismo que esperar en Dios para cualquier otra provisión en la vida. Dios quiere que le busquemos a Él para la victoria. Sobre esto, Ellen White escribió:

«Cuando sus palabras de instrucción han sido recibidas y se han posesionado de nosotros, Jesús es para nosotros una presencia permanente, que controla nuestros pensamientos, ideas y acciones. . . . Ya no vivimos nosotros, sino que Cristo vive en nosotros, y Él es la esperanza de gloria. El yo está muerto, pero Cristo es un Salvador viviente» (Testimonios para los ministros y obreros evangélicos, p. 389).

¿Ves la belleza de esta verdad? Nuestra parte es esperar con fe confiada, creyendo en la promesa de Dios de manifestar a Cristo y Su justicia en nosotros. Nuestra única parte es elegir permitir que esto suceda y creer que sucederá, tal como lo hizo María. Cuando vienen los deseos impíos y las tentaciones, no debemos luchar contra ellos. Debemos volvernos a Cristo que vive dentro de nosotros y pedirle que manifieste Su propia justicia: «puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.» (Hebreos 12:2, RVR1960). Luego, debemos esperar con fe, creyendo que Él lo hará.

Reflexión y Discusión Personal

1. ¿Pudieron Simeón, Ana o María hacer algo para que sucediera la manifestación de Cristo?
2. Describe con tus propias palabras cómo Cristo ha de manifestarse en ti hoy.
3. Cuando eres tentado, ¿cómo obtendrás la victoria?

Actividad de Oración

Llama a tu compañero de oración y discute con él/ella este devocional.

Ora con tu compañero de oración:

1. para que Dios te bautice con Su Espíritu Santo.
2. para que Dios te reavive a ti y a Su iglesia.
3. para que Dios manifieste a Cristo en tu vida hoy.
4. para que Jesús te dé Su victoria cuando seas tentado a pecar.
5. por las personas en tu lista de oración.